

CAPÍTULO X

Juárez en San Luis Potosí.—Muerte de Comonfort.—Trabajos de los liberales por todo el país.—Llega Maximiliano á Veracruz.—Su viaje y llegada á México.—El ejército francés.—Campaña en todo el territorio nacional.—Juárez en Paso del Norte.—Política y administración imperiales.—Monseñor Meglia.—Maximiliano disgustó al partido conservador.—Órdenes de Guadalupe, Águila y San Carlos.—Aprueba Maximiliano las leyes de Reforma.—Excursiones de Maximiliano al interior del país.—Episodios ridículos.—Dificultades entre Bazaine y Maximiliano.—Imprudencias de Carlota.—Ley de 3 de Octubre.—Los generales Arteaga y Salazar.—*El tigre de Alicia* y el coronel Dupin.—Viaje de Carlota á Yucatán.—Toma de Oaxaca.—Victoria de Miahuatlán y la Carbonera.—Prórroga del período presidencial del Sr. Juárez.—Antipatriótica conducta de González Ortega.—Napoleón retira sus tropas de México.—Actitud de los Estados Unidos.—Marcha Carlota á Europa.—Fracasa su misión y pierde el juicio.—Se entrega Maximiliano en brazos del partido conservador.—Junta de Orizaba.—Quiere abdicar la corona.—Carta de Carlota.—El P. Fischer.

La aceptación por Maximiliano del gobierno de México causó sensación en Europa, y desde luego se predijo el fin de aquella descabellada monarquía que sólo luto y desolación debería traer á México.

Juárez estableció su Gobierno en San Luis Potosí, organizando su ministerio con D. Sebastián Lerdo de Tejada, don José María Iglesias y D. Ignacio Comonfort; á este último, muerto en una escaramuza ridícula acaecida entre el Molino de Soria y San Juan de la Vega (Guanajuato), le reemplazaron Negrete y Mejía.

Por la vasta extensión del país se repartieron todos los generales republicanos, resueltos á sacrificar sus vidas, disputando palmo á palmo el territorio nacional á los invasores y á los traidores; los campeones principales y el teatro de sus operaciones fueron éstos: Figueroa en Oaxaca; Álvarez, Pinzón, Leyva y Altamirano en el Sur; Regúlez, Arteaga, Salazar, Riva Palacio, Villada y Pueblita en Michoacán; Corona y Rosales en Sinaloa y Jalisco; Pesqueira, García Morales y Martínez en Sonora; Patoni en Durango; Méndez en Tamaulipas; Terrazas y Viesca en Chihuahua y Coahuila; Escobedo, Treviño, Naranjo y Martínez en Nuevo León; García de la Cadena, Auza y González Ortega en Zacatecas; Méndez (J. N.), Bonilla y Juan Francisco Lucas en Puebla; Ala-

torre, García, Baranda y Pavón en Veracruz; Méndez (Gregorio) en Tabasco, y otros muchos jefes animados de igual patriotismo que el de los ya nombrados arriba, mantuvieron la guerra desde mediados de 1863 hasta el triunfo completo de la independencia en Junio de 1867, sucumbiendo muchos de ellos en los campos de batalla ó en los patíbulos alzados por los invasores.

Al aceptar Maximiliano la corona de México, firmaba el tratado de Miramar con Napoleón III, ajustado desde el mes de Marzo, y es la prueba de la poca capacidad política del príncipe austriaco.

Por él reducía el Emperador de Francia su ejército de México á 25.000 hombres, retirándolos parcialmente de año en año; se reservaba el mando de las fuerzas á oficiales franceses; exigía fuertes sumas y reconocimientos de antiguas reclamaciones, por parte de México, y por secretos convenios se comprometía Maximiliano á seguir la política liberal conforme la proclamó Forey.

Entregó éste el mando al general Bazaine en 1.º de Octubre de 1863, y en 18 de Septiembre tomó Labastida posesión de su cargo de regente, viniendo á ser con sus exigencias la manzana de la discordia.

El 29 de Mayo de 1864 desembarcaba en Veracruz Maximiliano y su esposa María Carlota Amelia, siendo recibidos con tal frialdad, que ella, alma bien templada, pagó con sus lágrimas el tributo debido á la debilidad propia de su sexo.

Los festejos de Orizaba y Puebla calmaron algo su espíritu, viniendo á borrar por completo la impresión de Veracruz la entusiasta y frenética recepción que se les hizo en la ciudad de México el 12 de Junio, día en que tomaron posesión de la capital del llamado *Imperio Mexicano*.

El primer acto político de Maximiliano desagradó sobremanera al partido conservador, y fué el haber formado su ministerio con D. J. Fernando Ramírez, D. Pedro Escudero y Echanove y D. Juan de Dios Peza, cuyas ideas liberales

eran bien conocidas de todos, completándolo con D. Luis Robles Pezuela y D. Joaquín Velázquez de León.

El ejército invasor al mando de Bazaine se componía de 47.668 soldados con 20 cañones rayados de á 12, seis de á 12 de campaña, 24 de á cuatro de campaña, y 20 morteros, más el auxilio de todos los traidores del país.

Comenzó sus operaciones apoderándose sucesivamente de las capitales de los Estados, teniendo por esto que salir de San Luis Potosí el Sr. Juárez y su gabinete el 22 de Diciembre de 1863, estableciéndose en el Saltillo. Allí logró formar un ejército de 4.000 hombres, que pasó á las órdenes de Doblado y fué derrotado por Mejía, unido al francés Aymard, el 17 de Mayo de 1864, cerca de Matehuala.

Aumentaron las angustias del Gobierno Nacional con las defecciones de los generales Vidaurri y Quiroga, obligándole esto y el avance de los franceses, á situarse en Chihuahua primero, y después en Paso del Norte.

El ejército republicano hacía ya solamente campaña de guerrillas el año de 1865, en tanto que el Gobierno imperial disponía de 63.000 hombres.

Maximiliano había entrado al lleno de sus aspiraciones, y sólo le mortificaba la escasez de recursos pecuniarios: para hacer frente á sus necesidades regias y á los pagos del ejército francés, negoció en Londres dos empréstitos onerosísimos, pues de otra manera no podía atender ni á sus gastos personales ni á los de su esposa, toda vez que la cantidad asignada para ellos ascendía en un año á la suma de 1.700.000 pesos.

Veamos ahora el desarrollo de la política y administración imperiales: el partido conservador, movido por los clérigos, pretendió á todo trance la nulidad de la ley de desamortización, punto que, cuando Maximiliano estuvo en Roma, quiso arreglar con Su Santidad Pío IX, y éste lo aplazó. Para excitarle y terminar ese negocio, llegó á México, el 7 de Diciembre de 1864, el Nuncio de Su Santidad

Mons. Meglia, con quien pronto rompió lanzas el Archiduque. Muchos de los jefes principales del partido conservador fueron separados del mando militar y político, y otros, además, enviados á Europa bajo pretextos ridículos.

Para dar carácter á su Gobierno, estableció Maximiliano la *orden de Guadalupe*, erigiendo otra llamada del *Águila Mexicana*, y Carlota creó la *cruz de San Carlos* para las damas.

Sucumbiendo á las exigencias de Bazaine, declaró el 27 de Diciembre de 1864 que mantenían las leyes de reforma

en cuanto á nacionalización de bienes eclesiásticos, provocando con esto una protesta de parte del obispo Labastida, Munguía, Gárate y Cobarrubias. Á todos ellos contestó Maximiliano con excitar *su celo apostólico* para que, retirándose á sus respectivas diócesis, fueran á cumplir con su ministerio pastoral.

La situación de Meglia no podía ser peor, á causa de los continuos desaires que recibía de Maximiliano, ya directos ó por medio de sus ministros.

Hizo el Archiduque dos excursiones: la primera al interior del país el año de 1864, saliendo de México el 10 de Agosto y teniendo el cinismo de celebrar en Dolores Hidalgo el grito de nuestra independencia; la segunda se verificó rumbo al Este, y salió Maximiliano de México el día 18 de Abril de 1865, llegando hasta Jalapa. En ambas nada hizo de provecho para el país, y sí consiguió caer más de una vez en el ridículo, como sucedió en Morelia, donde el pueblo se hincó al verle salir á la calle, y un chusco gritó: «*Párense, si no es el viático.*»

Las relaciones entre Bazaine y Maximiliano llegaron á hacerse bien difíciles, y hay quien atribuye al primero el



Monseñor Meglia.

haber pretendido sustituir al segundo, proponiéndolo á Napoleón III.

Carlota, en su tanto, ayudaba á echar sobre el Gobierno imperial el odio de los conservadores, por los frecuentes desprecios que hacía á los obispos y las muchas irreverencias que cometía en las funciones religiosas á que se veía obligada á asistir.

No obstante los disgustos que entre Maximiliano y Bazaine existían, éste siguió las inspiraciones de aquél, expidiendo *la bárbara ley del 3 de Octubre de 1865*, y por la cual declaraba bandoleros á todos los republicanos, y como á tal los condenaba, sea cual fuese su grado militar: esta ley se conoció con el nombre de *la ley marcial*.



General José María Arteaga.

Aun no se recibía esta inicua ley en Michoacán, cuando fueron vencidas en Santa Ana Amatlán las tropas del general republicano D. José María Arteaga por el imperialista don

Ramón Méndez, alias *el Capulín*, y aquél tomado prisionero.

Desde ese lugar se le hizo ir á pie hasta Uruapán, acompañado de los demás prisioneros, entre los que se contaban el general D. Carlos Salazar, los coroneles Trinidad Villagómez y D. Jesús Díaz, y el capitán González: á todos les aplicó la ley marcial, fusilándoles en Uruapán el 21 de Octubre de 1865.

El principal fundamento de esta ley era el que había algunas partidas de bandoleros que, á título de liberales, cometían crímenes sin nombre.

No faltaban, en verdad, quienes tales cosas hiciesen, pero estaba eso más que compensado por los que los imperialistas Lozada (*el tigre de Alica*), León, Chavez, Cuéllar y otros igualmente ejecutaban. El coronel Dupin se jactaba de «haber borrado de la carta del Imperio» villas y aldeas indefensas; y el terrible Redonay, con Marechal, Tourre y Berthelin, asesinaban y entregaban al incendio y al pillaje pueblos enteros.

En Octubre de 1865 emprendió Carlota un viaje á Yucatán, y fué recibida en la península con grandes muestras de simpatía y manifestaciones de entusiasmo.



General Ramón Méndez.
(1865.)



General Carlos Salazar.
(1866.)

En el curso del año de 1865 las fuerzas franco-traidoras lograron algunas ventajas sobre sus rivales, tales como la toma de Puebla, Orizaba, y la prisión del general D. Porfirio Díaz, quien logró escaparse de su prisión, volver á Oaxaca, levantar nuevas fuerzas y alcanzar las dos brillantes victorias de Miahuatlán y la Carbonera, que atrajeron sobre él la atención del país, formándose desde entonces un partido que logró llevarlo al supremo mando de la nación. En Sinaloa el general Rosales, y en Michoacán el general Regúlez, derrotaron á las fuerzas franco-belgas; en la Sierra de Puebla, Méndez y Bonilla hacían otro tanto.

Terminaba entretanto el período constitucional del señor Juárez el 1.º de Diciembre, y el 8 del mismo dió un decreto en Paso del Norte, refrendado por sus ministros, en el que declaraba prorrogado ese lapso de tiempo, tanto para él como para el presidente de la Suprema Corte de Justicia, á causa de no poder verificarse las elecciones en aquellas cir-



General Porfirio Díaz.
(1865.)

cunstancias ni ser conveniente re- legar el poder en manos del indi- cado por la ley.

El general González Ortega, que ocupaba este último puesto, protestó contra tal disposición y pretendió ser aquello un golpe de Estado. Por fortuna, ese antipatriótico acto del Presidente de la Suprema Corte de Justicia no tuvo consecuencias, y con la voluntad de la nación toda continuó el señor Juárez en el gobierno.

El disgusto de los conservadores y el clero á causa de la política seguida por Maximiliano; los avances y victorias de las tropas republicanas; la oposición y disgusto que mantenía en Francia la presencia del ejército francés en México, y las notas perentorias de los Estados Unidos ante Napoleón III, invocando la doctrina de Monroe, pusieron en situación bien difícil á Maximiliano á fines del año 1865.

Por toda medida salvadora determinó Napoleón la salida de sus tropas. Esta noticia produjo en el Gobierno imperial honda sensación, y decidió á Maximiliano á abdicar la corona: á punto ya de ejecutarlo, combatió Carlota tal propósito, guiada solamente por la ambición, y propuso ir ella misma á Europa á conferenciar con Napoleón y Pío IX para arreglar la cuestión político-religiosa, saliendo para Veracruz el 8 de Julio de 1866.

El 26 de Julio modificó Maximiliano su Ministerio, sustituyendo los salientes con personas eminentemente retrógradas.

Malas noticias vinieron á poco tocante á la misión de Carlota, reagravadas con la de haber ella perdido el juicio.

Las tropas francesas comenzaron á evacuar el país desde el 18 de Diciembre de 1866 hasta el 11 de Mayo del siguiente año.

Viéndose abandonado Maximiliano, volvió sus ojos al partido conservador y se

echó enteramente en sus brazos. Formaron éstos un nuevo programa de gobierno y un Consejo de Estado, sin descuidar los asuntos religiosos, para cuyo fin convocaron á los Obispos existentes en el país para que formasen un concordato, recibiendo el licenciado Antonio Morán el nombramiento de comisario imperial para aquello.

Decidido el Archiduque á abdicar la corona de México, se trasladó á Orizaba el día 21 de Octubre, saliendo de la capital á los dos de la mañana y sin previo anuncio, tropezando en el pueblo de Ayotla con el general Castelnau, en-



Obispos del Concordato.
(1867.)

viado de Napoleón, y á quien no quiso recibir, presentándose más tarde en Orizaba los generales Miramón y Márquez. Informado de la misión de Castelnau, y resuelto á dejar la corona de México, recibió una carta de Eloín y otra del Ministro de Austria en México, informándole, sobre todo este último, que su hermano Francisco José no le permitiría entrar en sus dominios, á



Presbítero Agustín Fischer.

la vez que su madre, la archiduquesa Sofía, le escribía otra en que le decía se sepultase entre los escombros de México antes que someterse á las exigencias de Napoleón.

Á mediados de Noviembre llamó á Orizaba á sus ministros, varios consejeros de Estado y al general Bazaine, que no se presentó. Ante esa Junta consultó si convendría para la paz de la nación abdicar el trono, toda vez que su salud y la de Carlota se

encontraban mal. Tres días estuvieron deliberando los ministros y consejeros, decidiéndose por la continuación en el poder, contra dos votos por la abdicación, y esto pasaba en los días últimos de Noviembre.

Un punto histórico de alta importancia hay que dilucidar en esta inesperada conformidad de Maximiliano con los votos de la Junta: su resolución de abdicar estaba bien resuelta y meditada, sin que hubiesen conseguido desanimarlo ni la carta de Sofía, su madre, ni la comunicación del Ministro de Austria. Formaba parte de la familia imperial, y en calidad de limosnero, el presbítero D. Agustín Fischer, alemán de nación, luterano por herencia, y convertido al catolicismo

más tarde en México. Hombre de gran sagacidad política, vasta instrucción, conocimiento del mundo y conversación amena, logró hacerse lugar en la corte imperial gracias á las recomendaciones de Suárez Navarro, captándose principalmente el afecto y confianza de Carlota.

Á él se le acusó, después de la catástrofe del Cerro de las Campanas, de haber sido quien decidió á Maximiliano á continuar en México, aunque sin darse nadie cuenta de la causa de su influencia funesta y decisiva.

Demasiado conocía Carlota el carácter de su esposo, y temerosa de la falta que ella le haría en momentos críticos como el de la Junta de Orizaba, al salir para Europa le escribió una larga y elocuente carta, en la que le recordaba la grandeza de su origen, lo á que por ella misma estaba obligado, citándole también los funestos resultados que en algunos personajes de la categoría de él habían dado la falta de energía y valor para aceptar y sufrir las consecuencias de los infortunios políticos, concluyendo por conjurarle á no abdicar por nada, ni ante nada, el trono de México, sino más bien perecer entre sus ruinas.

Tan importante y trascendental documento lo confió al P. Fischer, y éste, después de la decisión de la Junta, y cuando Maximiliano aún vacilaba, se lo entregó. Unas cuantas palabras de su principio dejan comprender el resto: «*Charles X (dice) et mon grand-père se sont perdus pour avoir abdiqué.*»

La funesta influencia de Carlota por segunda vez empujó al infeliz Maximiliano al patíbulo, haciéndole resolverse á continuar en el socavado trono de México.

Ese notable documento existe actualmente en poder de nuestro amigo el Sr. Dr. Francisco Kaska, residente en la ciudad de México, quien lo heredó del P. Fischer, que por toda justificación á las acusaciones lanzadas contra él, lo adicionó con una larga nota, en que se jacta de su participación en la fatal decisión de Maximiliano.